



Sr. Cardenal Juan José Omella,
Sra. Mandy Barker,
Dr. Joan Grimalt Obrador
Reverenda Prof. Hna. Margarita Bofarull,
Queridos hermanos y queridos amigos sacerdotes,
Señoras y señores,

Me complace especialmente estar hoy aquí, entre ustedes, para celebrar la obra de la Sra. Barker y abordar una cuestión fundamental: el futuro de la humanidad y del planeta, y cómo podemos conseguir transformar los tiempos de cambio en los que estamos inmersos en un desarrollo positivo.

Empiezo por la obra de la señora Barker. Me llamó la atención una de sus frases en la que ilustra el sentido de su trabajo: «Las imágenes que hago se basan en hechos científicos, que son esenciales para la integridad de mi trabajo». Y a propósito de nuestro tema, los océanos, añade: «El impacto de los plásticos marinos es un tema que he documentado durante 15 años y que me he comprometido seguir mediante una interpretación visual que, en colaboración con la ciencia, espero que conduzca a una acción positiva para hacer frente a este creciente problema medioambiental, que actualmente es motivo de preocupación mundial». Y es que, nos dice la Sra. Barker, «el objetivo de mi obra es captar y estimular una respuesta emocional en el espectador, combinando una contradicción entre la atracción estética inicial y el posterior mensaje de concienciación».

Queridos amigos, el tema de esta noche queda elocuentemente ilustrado por la extraordinaria actualidad de estas frases, que nos llevan a los desafíos que afrontamos en este “cambio de época”. Cambio de época significa que la humanidad, por primera vez en la historia, tiene en sus manos el poder de destruirse a sí misma y a la creación. Lo vimos en 1945 con el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. Y hoy, por desgracia, volvemos a hablar de sus versiones “tácticas”, que ciertamente no son menos destructivas e inquietantes. También seguimos caminando hacia el desastre climático, a pesar de los Acuerdos de París de 2015 para cambiar el rumbo e iniciar una transición energética real y seria, es un camino cuesta arriba. Añadimos una tercera frontera la de las tecnologías emergentes y convergentes con las que podemos manipular radicalmente lo humano (oímos hablar de transhumano, posthumano, humano aumentado).

Las dos encíclicas del Papa, *Laudato sì* y *Fratelli tutti*, forman parte de este panorama. Forman un díptico que llena el vacío de visión. Todos deberíamos aprovechar su fuerza para la salvación del planeta y de la humanidad. La visión es clara y común: una casa (el planeta) que cuidar y una familia (la familia de los pueblos) de la que responsabilizarse.

Cuando hablamos de la Casa Común, debemos considerar el Planeta Tierra en su totalidad: es decir, tierra, mar y cielo. En este horizonte, hay que señalar la escasa atención que se presta a los océanos y al agua, dimensión esencial para la vida del hombre y de la creación en su conjunto. Baste recordar que el 70% de la superficie terrestre está cubierta de agua, que el 80% de la población vive a menos de 200 kilómetros de las costas marítimas y que el 90% del tráfico de mercancías se realiza por mar, contaminando seis veces menos que el tráfico terrestre. Enorme es también la red del sistema digital que atraviesa los fondos marinos. Además, hay que tener en cuenta que las profundidades oceánicas están en gran parte inexploradas. Y grande es también nuestra responsabilidad a este respecto.

El Papa Francisco tiene razón al señalar que el agua, un “bien primario”, está cada vez más en peligro y es objeto de disputa. Si nos situamos en el marco de la “ecología integral” -que sustenta la estructura de las dos Encíclicas citadas- nos damos cuenta de que el acceso al agua como recurso (el agua potable y los recursos de los mares y océanos), y el compromiso de luchar contra la contaminación y el calentamiento global, forman parte de un tríptico que concierne al futuro mismo del Planeta, que será tal si sabemos salvaguardar la biodiversidad. En este sentido, la especie humana, como dominante y pensante, tiene una responsabilidad especial hacia el resto del mundo vivo. La historia del Arca de Noé vuelve poderosamente a la actualidad. Al hombre, Dios le confió la salvación de la vida en todas sus dimensiones del diluvio que fue el resultado de la corrupción planetaria. Es un mensaje extraordinario para el mundo de hoy: la dimensión de la fraternidad desciende hasta las profundidades de los océanos.

Y, en mi opinión, debemos ampliar aún más nuestra visión: una parte importante de nuestro Planeta es también el Espacio que lo rodea. Tras los años de exploración espacial, hemos llegado a una nueva era, la de su ocupación por el hombre. Todos recordamos el primer épico alunizaje: quizá el único momento en el que todos nos sentimos unidos en aquel hombre que ponía sus pies en ella. Hoy comienza un nuevo tipo de exploración espacial. Los expertos nos dicen que supone una economía mundial de cientos de miles de millones. Y en la próxima década alcanzará el valor, impensable hace unos años, de un trillón de euros. Hay que preservar el espacio de una acción colonizadora que desembocaría en un conflicto deflagrante. Para nosotros, los cristianos, la invocación a Dios para que se haga su voluntad -que es la paz para todos- “así en el cielo como en la tierra” es una grave responsabilidad. Es la invocación para alejar los vientos de una guerra que caiga del cielo sobre la tierra. La cooperación laboriosa entre los Estados -es bueno ver a científicos de distintas nacionalidades en la misma plataforma espacial- debe proseguirse como una firme

frontera de la paz. Se abren nuevas e inimaginables perspectivas en la comprensión del espacio, la evolución del universo y la exploración del espacio profundo que alcanza incluso la Luna y Marte.

No avanzaré más en esta frontera. Pero la urgencia de una nueva comprensión del Planeta en su triple dimensión de Tierra, Mar y Cielo es cada vez más evidente. Se impone una reflexión más valiente y creativa, para que se afirme cada vez más lo que ya llamamos “ecología integral”. El Papa Francisco escribe: «Porque todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros» (LS 42).

Urge diseñar un nuevo humanismo que yo llamaría “planetario”. Es un humanismo que hace del cuidado de las relaciones entre los seres humanos y la creación su punto central. Es un humanismo de interdependencia entre todos y todo. Es la condición en la que vivimos. Nada ni nadie es una isla. Todos y todo es acogido en la casa común que es nuestra Planeta con su Tierra, su Mar y su Cielo. Es un hecho objetivo que nos envuelve y nos sobrepasa. Pero al mismo tiempo nos necesita. Y, por desgracia, no siempre somos conscientes de ello. Es de esta ignorancia, de hecho, de donde surgen las graves -y a veces mortales- ofensas tanto contra la humanidad como contra la creación. El desafío que tenemos ante nosotros, y que no podemos eludir, es transformar esta interdependencia planetaria en una opción política, económica, cultural y espiritual para construir una “civilización” del Planeta que signifique “convivencia pacífica y global entre todos y todo”. El Planeta, con su Tierra, su Mar y su Cielo, está en nuestras manos. Somos responsables de hacer realidad esa comunión global que llevará al Planeta a convertirse en la Patria común. Es un desafío de época. En efecto, como dice el Papa Francisco, estamos en medio de un cambio de época. Se nos pide valentía y creatividad para lograr esa fraternidad global de la que nada ni nadie quede excluido.

Mons. Vincenzo PAGLIA